



LOS SIERVOS DE LA RADICALIDAD SERVANTS OF THE RADICALITY

Fecha de recepción: 12-2-2017 Fecha de aceptación: 13-3-2017

PILAR ORDOÑEZ

Practica el psicoanálisis en la ciudad de Córdoba. Es miembro de la EOL Sección Córdoba y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP). Editora científica de la revista "Exordio, el psicoanálisis en la cultura". Docente de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Córdoba. Docente del Instituto Oscar Masotta (IOM 2). Coordina un grupo de Investigación en el Programa "El psicoanálisis en la cultura" del Instituto CIEC.

Resumen: El texto diferencia dos caras del Superyó, una ligada al Ideal y otra que se sustrae de cualquier contenido social y queda reducida a una voz de mando. Ubica las figuras clásicas de la autoridad y su anudamiento al poder, para destacar la eficacia política y la novedad del discurso analítico. Una autoridad que se sostiene de una versión diferente del poder, un poder que reconfigura la relación al Superyó y desagrega las servidumbres a la radicalidad de la orden.

Palabras clave: Superyó, autoridad, imperativo, servidumbre.

Abstract: *The text differentiates two faces of the Superyó, one related with the Ideal and the other subtracts itself from any social content and is reduced to a voice of command. The text also places the classic figures of authority and its attachment to power, in order to stand out the political efficiency and novelty of psychoanalytic speech. An authority which holds itself on a different version of power, ones that reconfigures bonds with Superyó and disaggregates servitude from the radical command.*

Key words: *Superyó - Authority - Imperative - Servitude*

UNA EXTRAÑA RELACIÓN INVERSA

El Ideal del Yo es una dimensión que se puede compartir, es algo socializable. Podríamos afirmar, tal como sostiene el psicoanalista Germán García, que el Ideal se comparte con una generación, un grupo social o una cultura. Los ideales forman parte del Superyó, ese que se constituye con la internalización de las figuras parentales. Por eso, aprender lo que debe hacer "una buena niña", "un caballero", "una señorita", "un argentino", son mandatos que pueden desactivarse con cierta facilidad. Por el contrario, la fuerza de la cara secreta del Superyó se hunde en lo más íntimo de cada persona y crece con el detrimento del Ideal que reúne y convoca. Entonces, "liberarse" de ciertos ordenes sociales no alcanza para enfrentarse a la cara oscura de la orden. La pregunta por las figuras de la autoridad y su eficacia, en esta época que nos toca vivir, nos lleva a destacar esta extraña relación inversa. A menor influencia de los ideales, mayor empuje del Superyó oscuro. Los Ideales son un conjunto de características con las que nos podemos identificar. Los ideales constituyen un menú social, siempre un poco a

la mano, de "cualidades" que podemos agregar al Yo. Son predicaciones previstas y previsibles que la ideología de la autoayuda y la publicidad política sabe manejar con destreza. Por el contrario, el motor que pone en marcha los mandatos invocantes del Superyó no es detectable como "propio". El Superyó ordena y la servidumbre mansa con que se obedece no puede reconocerse como un predicado que pudiera atribuirse a la propia persona. A pesar de surgir de lo más íntimo, el mandato superyoico es vivido como extraño, impuesto y doblegante. Un tirano feroz contra el que no se encuentran aliados, porque en cada uno toma la forma de su propio lobo.

UNA ORDEN ES UNA ORDEN

Una orden siempre es una orden, y su definición contempla esta tautología. El contenido de una orden no se puede cuestionar o razonar. Más aún, una orden no está definida por un enunciado, sino por una enunciación. Su eficacia está en cómo es dicha la palabra, no en su significación. En ese sentido no responde a las leyes del lenguaje, ni a las sociales, responde a otra ley, una ley insensata.



El Superyó está ligado a una palabra imperativa. Conviene recalcar lo que Lacan, en *el Seminario I*, va a utilizar como fórmula para nombrar al Superyó: el Superyó es una “figura feroz”. Lacan identifica el Superyó, no sólo con la experiencia más devastadora de la subjetividad, sino que también lo identifica con la experiencia más temprana. Esta experiencia temprana, dice, “que podemos vincular con los traumatismos primitivos” (1). Traumatismo primitivo que es el fruto del encuentro con una “palabra privada de sentido”. Una palabra que suena, estridente, pero no significa. Una palabra proferida, que toma la forma de un agujijón, una esquirla, incurable, pero no intratable.

AUTORIDAD Y PODER

Las figuras clásicas de la autoridad que recoge Alexandre Kojève son el amo, el padre, el juez y el maestro. Todos aquellos que encarnan estas figuras pueden proferir una orden. La autoridad requiere de una plataforma enunciativa que la transmita. Porque como es sabido, la autoridad no se conquista, ni brota, ni se adquiere por el intercambio, sino que se transmite a través de ciertos semblantes que se sostienen de su propio prestigio; a diferencia del poder, que sí puede imponerse o conquistarse. Un poder que siempre será segundo a la autoridad si pretende no ser despótico. Jean Claude Milner, con mucho humor, arma otra lista que actualiza los nombres: el Jefe, el Partido, Al Capone y la Tía Léonie. Se definen así lo que Milner denomina los “pequeños líderes”. En cada una de estas figuras el poder de determinar quién manda y quién obedece rebaja la autoridad a la dominación, cada una por una arista diferente. Ninguna de estas figuras le cabe al psicoanalista. El psicoanálisis, como discurso, introduce una nueva autoridad pues pone en primer plano la transferencia y el mandar no como un amo-podríamos agregar, ni como una tía, ni como un juez, ni como un padre- sino como resto. Entonces, el psicoanálisis reconfigura el andamiaje poder y autoridad al introducir una figura nueva. La autoridad del psicoanalista sólo tiene el poder de conducir las curas, no conduce la conciencia, ni la moral, ni la adaptación exitosa y mucho menos la potencia cerebral.

No deja de asombrar la eficacia que tuvo, poco tiempo atrás, un slogan que utilizaron en una campaña política en Argentina, a propósito de las últimas elecciones presidenciales. Una sola palabra, conjugada en la tercera persona del plural, tocó como una voz de mando, a muchas voluntades.

No se trataba de una propuesta basada en una plataforma, ni de una agudeza, era general y su contenido inespecífico. Tampoco entraba en lo que Ernesto Laclau define como “significante flotante”, es decir un significante capaz de reunir una multiplicidad de demandas sociales. Sin embargo, tuvo una eficacia impactante. En los años 90, también en Argentina, se usó una orden para la campaña presidencial. Era un verbo conjugado en segunda persona del plural: “Síganme”. Su eficacia no estaba puesta en el sentido, sino en el modo imperativo de su enunciación. Estos ejemplos son paradigmáticos y, por supuesto, no son los únicos, ya que existe toda una concepción de la política que se basa en este modo de hacer resonar el lenguaje. Aún cuando la orden sea: “Sé feliz”.

La política concierne a los fines de toda acción, por eso táctica y estrategia dependen de la política. La política del psicoanálisis se distingue por los fines del análisis, por cómo definimos su finalidad y su final. ¿Cuál sería entonces la finalidad de un psicoanálisis? Podríamos decir que apunta a una transmutación subjetiva. La transmutación en juego descansa en una modificación de la relación que cada uno tiene con su Superyó, pero no tanto en su cara socializable, en relación a los Ideales que se pueden detectar en el campo social. Fundamentalmente, esa transmutación subjetiva alcanza a tratar la cara oscura del Superyó, la más feroz. Digamos entonces que, políticamente, el psicoanálisis apunta a desbaratar las servidumbres voluntarias. No aminora a los tiranos, pero sí desbanda, uno a uno, los siervos de su radicalidad.

NOTAS

(1) Lacan, J.: El Seminario, Libro 1, Los escritos técnicos de Freud, Paidós, Buenos Aires, 1989, pág.161.

BIBLIOGRAFÍA

- Canetti Elias: La orden. Recuperado el 20/6/2015 <http://gonzaloportocarrero.blogspot.com.ar/2005/07/elias-canetti-la-orden.html>
- Kojève, Alexandre: La noción de autoridad, Nueva Visión, Bs. As., 2006.
- Lacan, Jacques: “¡El lobo! ¡El lobo!” en El Seminario Libro 1 Los escritos técnicos de Freud, Paidós, Bs. As., 1989, pág.141 a 167.
- Lacan, Jacques: “La dirección de la cura y los principios de su poder” en Escritos 2, Siglo XXI Editores, Bs. As., 1988.
- Milner, Jean-Claude: “Los Unos” en Los nombres indistintos, Manantial, Bs.As., 1999.
- Miller, Jacques-Alain: “Clínica y política” en El banquete de los analistas, Paidós, Bs. As., 2000, páginas 25 a 45.
- Tizio, Hebe: Apuntes para un trabajo sobre la autoridad. Hacia las VII Jornadas de la ELP. Recuperado el 20/6/2015, www.cdcelp.org/docs/Hacia-las-jornadas-hebe_tizio.
- Brousse, Marie Hélène: Un poco más de satisfacción, Imperativo del Siglo 21, Colección La grulla, CIEC, Córdoba; 2011.
- García, Germán: Actualidad del trauma, Grama, Bs. As., 2005.

